

José, tipo del Señor

La vida de José

- ... como figura de Cristo
- ... como figura del creyente espiritual
- ... como figura del siervo de Dios

José, tipo del Señor

Gelson Villegas

La Sana Doctrina, 1984,85

De los varones de Dios en la antigüedad, ninguno como José en el sentido de conformar su vida a la de Aquel que habría de venir y que, como la Suprema Realidad, daría la forma definitiva a los tipos, sombras y figuras que desde antaño le preanunciaban. Notemos, pues, en el presente escrito algunos aspectos en los cuales este varón santo del Antiguo Testamento, José, prefigura al Varón del perfecto andar, quien con su vida y persona colmó de satisfacciones el corazón del Padre.

1. JOSÉ Y SU NOMBRE

José significa “el que añade”, significado este que José hizo una realidad en su vida. Él añadió “a la fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (2 Pedro 1:5-7). No cabe duda, su vida fue de verdadero crecimiento delante de Dios y de los hombres y, quienes estuvieron bajo su influencia santa, también recibieron los beneficios de tal crecimiento. En esto José nos recuerda a Aquel de quien se escribió: “Subirá (crecerá) cual renuevo delante de él (Dios)” y, “Jesús crecía en sabiduría y estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Isaías 53:2; Lucas 2:52). También, Él añade día a día sus beneficios sobre nosotros. “De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”, es decir “gracia y más gracia” (Juan 1:16). La esposa del Cantar sabía lo que ella era y había encontrado bajo la influencia de su amado: “Yo soy muro, y mis pechos como torres, desde que fui en sus ojos como la que halla paz” (Cantares 8:10). Así, pues, nuestro Redentor es “Él que añade”, ¿Sabemos apreciar su persona y sus beneficios?

2. JOSÉ Y SU OFICIO

“Apacentaba las ovejas ... “ (Génesis 37:2). Al igual que David, José fue pastor de las ovejas de su padre. En ello, estos dos varones tipifican al Pastor de los pastores. Aquel que:

como Pastor Amante, tuvo compasión de la gente, pues andaban como ovejas sin pastor (Marcos 6:34);

como Buen Pastor, dio su vida por las ovejas (Juan 10: 11);

como abnegado Pastor, “va tras la que se perdió (el pecador), hasta encontrarla” (Lucas 15:4);

como fiel Pastor “va por los montes a buscar la que se había descarriado” (el creyente extraviado) (Mateo 18:12);

como suficiente Pastor apacienta, pastorea y cuida a las ovejas (Salmo 23);

como exaltado Pastor (Príncipe de los pastores), galardonará a los pastores que cuidaron la grey con fidelidad. (1 Pedro 5:4);

y, como Eterno Pastor-Cordero, y entronado, “los pastoreará, y los guiará a fuentes de agua de vida” (Apocalipsis 7:17; Hebreos 13:20).

3. JOSÉ Y EL PECADO

“Informaba José a su padre la mala fama de ellos” (Génesis 37:2). Nunca José fue cómplice del pecado. Primeramente, no toleró el pecado en su propia vida y, luego no fue complaciente con el pecado de otros. De igual manera, el Señor no se contaminó con el pecado. Es el único ser del cual pudo y puede decirse: “Nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Isaías 53:9). Por ello, como el pecado era una manifestación repulsiva a su propia naturaleza, reprendió con vigor el pecado de la nación y de sus líderes, quienes habían pervertido el consejo de Dios. Al igual que José con sus hermanos, el Redentor se granjeó la antipatía de sus contemporáneos, porque reprendió sus pecados. Les dijo en cierta ocasión: “Procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad” (Juan 8:40).

Por lo menos dos lecciones de importancia se desprenden de esto para nosotros.

Decir la verdad implica un precio que pagar, no obstante, todo creyente fiel debe seguir el ejemplo de su Maestro, poner la verdad en alto, denunciar el pecado, aunque hayan de llevarse las consecuencias. La Biblia dice: “Compra la verdad, y no la vendas” (Proverbios 23:23).

El mismo Cristo que denunció el mal de las gentes en su estadía terrenal, hoy, igualmente, aborrece el pecado en medio de su pueblo. El hecho de que ahora es nuestro Redentor no cambia su naturaleza ni mueve su natural e implícita aversión contra el pecado. Él quiere que cada uno de nosotros aprendamos a aborrecer el mal en todas sus manifestaciones. “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal” (Sal. 97:10).

4. JOSÉ EL AMADO

“Y amaba Israel a José más que a todos sus hijos, porque lo había tenido en su vejez” (Génesis 37:3). Al igual que Isaac, José es un tipo de Cristo como el amado del Padre. Dios declaró del Señor: “mi Amado, en quien se agrada mi alma” (Mateo 12:18, citando a Isaías 42). En la parábola de los labradores malvados, según Lucas, el señor de la viña, al ver que sus emisarios habían sido afrentados, dijo: “Enviaré a mi hijo amado” (Lucas 20:13). No sabemos cuál era la fórmula usada por Juan al bautizar a sus conversos en el Jordán, pero sí sabemos cuales fueron las palabras bautismales que Dios usó cuando su Hijo era bautizado en el Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia” (Lucas 3:22).

Y ¿qué relación tiene el amor del Padre hacia su Hijo con nosotros? Algo demasiado sublime para poderlo apreciar cabalmente con nuestro entendimiento, pues la entrega de su Amado es la medida del amor de Dios hacia nosotros. ¿Quién puede cuantificar tal medida? Está escrito: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:9). La conclusión lógica que, como lección y aplicación práctica, se presenta a nosotros es lo que Juan apóstol dice: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11).

5. JOSÉ Y SU VESTIDO

“Y le hizo una túnica de diversos colores”. Hablando de vestidos, literalmente, también la túnica del Señor era singular, . . . Era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo” (Juan 19:23). Eran en sí piezas vestuarias que, físicamente hablando, les distinguían de los demás hombres, pero, a su vez, representan el carácter distintivo de sus vidas. Al igual que la túnica de José no se parecía a la de sus hermanos, tampoco su vida se parecía a la de ellos. Además, el tono festivo y el colorido de aquellas vestiduras indicaban el regocijo que su padre

encontraba en él. En cuanto al Señor, su túnica era como su carácter, “sin costura, de un solo tejido”. En su vida el pecado no hizo ninguna escisión, ninguna rotura que coser; “de un solo tejido”, homogéneo, continuo, ineludible en su carácter santo; “de arriba abajo”, de principio a fin inquebrantable en su devoción a Dios, inimitable en su propósito redentor.

6. JOSÉ EL AFRENTADO

Bajo las siguientes palabras sus hermanos decidieron dar muerte a José: “He aquí viene el soñador ... venid, matémosle ... “ (Génesis 37:19-20). De igual manera y con similares palabras, los labradores malvados (representantes de los líderes de la nación de Israel) complotaron contra el “hijo amado” de la parábola, el mismo Señor, al cual el señor de la viña había enviado. Ellos también dijeron: “Este es el heredero; venid, matémosle ... “ (Lucas 20:14). Sabemos que los hermanos de José no llegaron a matarle más que en el propósito, empero el Cristo de Dios sí sufrió la muerte angustiosa de la cruz. El apóstol Pedro acusó a la nación judía de la muerte del Enviado: “matasteis al Autor de la vida” (Hechos 3:15).

7. JOSÉ EL VENDIDO

En cuanto a este aspecto tenemos también un paralelo impresionante entre José y el Señor. Ambos fueron vendidos, el primero por veinte piezas de plata, el segundo por treinta. Algo más, entre todos los hermanos de José fue Judá el que propuso venderlo y, entre los discípulos del Señor fue Judas el que le vendió (véase Génesis 37:26-27). Judá y Judas significan lo mismo: “Célebre”. Más aun, como “sus hermanos convinieron con él (con Judá)” en vender a José (Génesis 37:26,27), con la probable excepción de Rubén (léase Génesis 37:21-29), entonces, Judá fue el representante de una acción colectiva. De igual manera, Judas fue el exponente particular de una venta colectiva, como está escrito en Mateo 27:9 “Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: “Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel”. Hermanos, treinta piezas de plata fue el ínfimo precio que Judas y los hijos de Israel pusieron por el Salvador, ¿Cuál es el precio que tú le asignas? ¿Cuánto vale Él para ti?

Pedro dice: “Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso” (1 Pedro 2:7). El adjetivo *precioso* allí es la misma expresión que en otras partes del Nuevo Testamento se traduce como “precio” y como “honra”; pero autoridades bíblicas como Scofield y Thomas Newberry indican que, literalmente, es “La Preciosidad”, en otras palabras y en grado absoluto, lo que tiene más valor que cualquier cosa o ser en todo el universo de Dios. ¿Cuánto vale, pues, el Amado para nosotros? El grado de rendición a Él es la medida de cuánto le amamos o la expresión de cuán poco valoramos su persona. Hay quienes, cuando cae la lluvia, no van al culto para no ensuciar sus zapatos. ¿Le estiman de veras? A veces damos al Señor una miseria de nuestros bienes y lo estamos haciendo con dolor ¡pensando que es demasiado! ¿Le estamos valorando cual “La Preciosidad”? Es común en nuestros días, en nuestras asambleas, el que personas llamadas creyentes, hablen, ríen, cuchicheen y hagan señas durante la celebración del culto. Además de evidenciar con esto una falta de cultura casi asnal, ¿están las tales personas expresando con esto que aprecian la presencia del Bendito en medio de su pueblo? La entrega a Él en nuestra vida privada y particular y la reverencia al Señor en la vida congregacional son evidencias de el precio que a su digna persona asignamos.

8. JOSÉ EL PROSPERADO

Todo parecía indicar que José, llevado a Egipto como un mísero esclavo, era un hombre cuyo único rumbo era el descendente en la escala de los valores humanos; no fue así, pues las circunstancias más adversas se tornan favorables, cuando es la mano invisible de Dios la que está moviendo los hilos de la historia de los hombres que Él quiere usar para su gloria. En la servidumbre de la casa de Potifar “Jehová estaba con José, y fue varón próspero ... todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar” (Génesis 39:2-3). Luego, cuando injustamente fue

echado en la cárcel, allí en la prisión “Jehová estaba con José, y lo que el hacía Jehová lo prosperaba” (Génesis 39:23). La historia subsiguiente en la vida de José lleva un rumbo ascendente, hasta culminar en la cúspide de la prosperidad.

Aun en esto, José prefigura a Aquel a quien en su humillación los hombres quisieron hundirlo en la vileza, pero Dios le sacó a prosperidad. El Señor fue prosperado en su obra terrenal entre los hombres. Se cumplió en su estadía terrenal lo que el Salmo primero dijo de Él: “Todo lo que hace prosperará”. Fue prosperado en la obra de la cruz. Estaba escrito ... la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isaías 53:10). Más aun, después de la victoria de la cruz, se ve en la cúspide de la prosperidad, cumpliéndose lo que está escrito: “He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto” (Isaías 52:13), y, también, “En tu gloria sé prosperada” (Salmo 45:4).

En cuanto a nosotros, Dios nos ha dado todos los recursos para que nuestras vidas sean prósperas en la fe. Sucede, a veces, que el afán material, el anhelo de la prosperidad económica trunca la posibilidad de alcanzar la prosperidad espiritual requerida para emprender labores para Dios. Como alguien lo ha expresado, muchas veces hay tanta fe en el progreso, pero ningún progreso en la fe. Cuando el apóstol Juan escribe a Gayo, éste no tenía prosperidad material ni corporal, pero sí espiritual. Le dice: “Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 2).

9. JOSÉ EL TENTADO

En casa de Potifar José fue tentado a pecar con todas las circunstancias en contra de él y con todas las ventajas de parte del tentador (Génesis 39:7-20). Satanás enfiló sus tres armas contra él:

El deseo de los ojos: la mujer de Potifar debió ser hermosa, tal como lo muestra la estampa de las mujeres de oficiales importantes de palacio que la arqueología ha mostrado.

La vanagloria de la vida: ¿Era acaso indigno de vanagloria el que una mujer importante, esposa de un hombre importante, cortejara a un servil esclavo extranjero? ¿No era aquello motivo de orgullo y vanagloria?

Los deseos de la carne: José era un joven en todo su vigor, más aún, se había sostenido apartado de contacto carnal, ¿no era aquella una oportunidad magnífica para despertar sus deseos carnales, sus pasiones juveniles?

¿Qué impidió la caída de José en aquella terrible celada diabólica? El temor a su Dios lo libró de la caída, él dijo a la mujer: ¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios? (Génesis 39:9).

En cuanto al Señor, y como hemos sido enseñados tantas veces, Satanás quiso vencer poniendo ante el Señor estas tres estocadas.

“Le mostró en un momento todos los reinos de la tierra”, queriendo afectar los deseos de los ojos;

“Le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo”, procurando generar soberbia o vanagloria;

... le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”, puesto que el Señor tenía hambre, esperando con esto encontrar algún eco carnal en el Señor.

La gran diferencia entre la figura y la realidad estriba en que José fue tentado parcialmente, pero del Señor está escrito que “fue tentado en todo”, de lo cual la misma Palabra infiere que él no es “un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades”, sino que, “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 4:15, 2:18).

Hay en esto una sencilla, pero solemne lección para nosotros: es posible llevar vidas victoriosas sobre la tentación. En tal sentido, José nos da una prueba y el Señor se convierte en el modelo supremo. Más aun, hay algo realmente alentador: “Dios ... no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” o, como está escrito en el libro de Job: “No carga, pues, él al hombre más de lo justo” (1 Corintios 10:13; Job 34:23). Así, pues, los recursos del cielo nos capacitan para salir airoso ante el tentador y la tentación.

10. JOSÉ Y SUS REVELACIONES

Las interpretaciones que José hizo de los sueños nos presentan otra de las facetas de su persona. Es decir, la capacidad de predecir eventos por cumplirse hacen de José un profeta. Faraón mismo le dio un nombre acorde con su capacidad de clarividente de Dios: Zafnat-pavea, “el que revela cosas secretas”. Con tal nombre para José, Faraón, sin saberlo, estaba apuntando a Aquel que con su aparición sobre esta tierra reveló los misterios que estaban ocultos desde la antigüedad, Él “sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). En el plano de la revelación progresiva de Dios, el Señor se presentó como “el que revela cosas secretas” y, en el aspecto futuro y personal, en su tribunal, Él “... nos aclarará lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Corintios 4:5).

En lo que toca al presente, nos conviene saber que es vano tratar de esconder algo ante el Señor. En los días de su carne, el Señor, rodeado de las gentes, podía saber cuales eran las maquinaciones y los pensamientos de sus interlocutores. Si alguno que lea estas líneas esconde algún pecado, recuerde que puede disimular el asunto únicamente ante los hombres, y esto de una manera temporal, pero no ante Aquel que conoce aun las intenciones del corazón. Así, tarde o temprano, lo oculto se revelará “Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido, y de salir a la luz” (Lucas 8:17).

11. JOSÉ Y SU ESPOSA

“Y le dio (Faraón) por mujer a Asenat, hija de Potifera sacerdote de On” (Génesis 41:45). El nombre Asenat significa “Pertenciente a Neit”, seguramente una deidad idolátrica egipcia. Más aun, su padre, Potifera, lleva un nombre que implica su relación con el culto solar; significa: “Aquel a quien ha regalado el sol”. Y, su oficio como sacerdote de la ciudad de On, o Heliópolis, ciudad guardiana del culto al sol, nos evidencia de nuevo que el suegro de José estaba muy lejos del Dios verdadero. Todo esto nos revela que los antecedentes espirituales de la esposa de José no eran muy buenos, ella fue sacada de la gentilidad, de la idolatría, de la ignorancia de las verdades divinas.

Tal el Señor, Él recibió una esposa, la Iglesia, sacada del Egipto espiritual de este mundo. Así escribió el apóstol Pablo a los efesios: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12).

12. JOSÉ Y SU EXALTACIÓN

“Lo hizo subir en su segundo carro, y pregonaron delante de él: ¡Doblad la rodilla!; y lo puso sobre toda la tierra de Egipto” (41:43). Se cumplió en José lo que el sabio dijo del “muchacho pobre y sabio”, el cual “de la cárcel salió para reinar” (Eclesiastés 4:13-14). José vio a la nación egipcia postrarse ante él, doblar la rodilla ante su señorío. En cuanto al Señor “Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Filipenses 2:9-10). José fue puesto sobre toda la tierra de Egipto, pero la autoridad del Cristo de Dios abarcará el mundo entero, como está escrito: “Lo dilatado de su imperio y

la paz no tendrán límite” Isaías 9:7). Mientras llega el momento en que el mundo entero haya de reconocer su Majestad, nosotros, los que conocemos la grandeza de su Nombre y de su Persona, en una vida de entrega a Él, debemos doblar la rodilla ante su señorío.

13. JOSÉ Y SUS HERMANOS

Muchos años habían pasado desde que José fuera vendido por sus hermanos; éstos descienden a Egipto en medio de grandes dificultades alimenticias y, luego de cierto tiempo en el cual José esconde su identidad, se revela a sus hermanos, diciéndoles: “Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto” (Génesis 45:4). Así será con los hermanos de raza del Redentor. En medio de grandes dificultades, rodeados por la vorágine de los ejércitos enemigos, el Señor se revelará a los judíos. Y, de la misma manera en que José se presentó a sus hermanos, como “el que vendisteis para Egipto”, se presentará el Señor a ellos como “a quien traspasaron”, como está escrito: “Mirarán a mí, a quien traspasaron” (Zacarías 12:10).

Tal presentación hizo reconocer a los hermanos de José su maldad y, en el futuro, el remanente salvado de los judíos habrá de aceptar la plena responsabilidad en las heridas y en la muerte del que traspasaron. El mensaje de Pedro a sus connacionales de siglos pasados, resonará en sus conciencias: “... matasteis al Autor de la vida” (Hechos 3:15). Será tan grande la contrición que “... llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” y, “En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén” (Zacarías 12:10-11). No solamente José se dio a conocer a sus hermanos, sino que los reconcilió con él y les dio porción en lo mejor de la tierra de Egipto. De igual manera, o mejor, de una manera plena, el Señor se dará a conocer a Israel, éstos sentirán su culpabilidad, serán librados con gran poder de la mano enemiga y, serán exaltados, hasta llegar a ser un pueblo vanguardia de naciones, y su capital, Jerusalén, la capital del mundo entero, la Ciudad eterna.

14. JOSÉ Y EL DESPOJO DE SU TÚNICA

Cuando José fue cautivado y vendido le quitaron su túnica (Génesis 37:23); cuando el Señor fue crucificado “los soldados tomaron sus vestidos ... tomaron también su túnica ... “ (Juan 19: 23). A José le quitaron su túnica porque les era necesario llevarla ensangrentada a su padre; al Señor despojaron de sus vestidos como un acto de irrespeto extremo de la criatura contra su Creador. Contrasta esta escena con la que nos presenta Isaías, el Señor en un trono alto y sublime, con sus faldas llenando el templo y por encima de Él, los serafines expresando una suprema reverencia (Isaías 6:1-3). Este contraste impresionante nos revela hasta dónde bajó el Señor de la gloria para levantarnos a nosotros. Él llegó a decir a los suyos: “Está escrito del Hijo del Hombre que padezca mucho y sea tenido en nada” (Marcos 9:12).

15. JOSÉ Y EL INICIO DE SU MINISTERIO

“Era José de edad de treinta años cuando fue presentado delante de Faraón rey de Egipto; y salió José ... y recorrió toda la tierra de Egipto” (Génesis 41:46). Es evidente que esto corresponde al inicio público de José, y ¿cuál era su edad? Treinta años. Y el Señor, ¿a qué edad comenzó su ministerio? “Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años” (Lucas 3:23).

¿No es hermoso este paralelo? ¿No nos enseña José, y en grado supremo el Señor, que debemos dedicar nuestras vidas al servicio de Dios en la edad temprana? Jóvenes, vivir una vida despreocupada y estéril es perder la lozanía y el vigor de la juventud; es flor que se marchita sin dar su fragancia; es ave que vuela sin dejar oír su canto; es caminar fugaz sin dejar la huella.

16. JOSÉ Y SU AUTORIDAD

“Cuando se sintió el hambre en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamó a Faraón por pan”, entonces, “dijo Faraón a todos los egipcios: Id a José, y haced lo que él os dijere” (Génesis 41:55). Es claro que, en aquellos momentos de necesidad, no había en todo el país un hombre que tuviese la capacidad y autoridad de José. Faraón así lo reconoció; él dijo, “José es el hombre; vayan a él, y hagan lo que él diga”.

Igualmente, en las bodas de Caná, cuando había la necesidad del vino (Juan capítulo 2), fueron dichas estas mismas palabras en cuanto al Señor. María dijo a los que servían: “Haced todo lo que os dijere”, y el Señor allí manifestó su autoridad divina al presentar vino de primera a partir del agua. No fue que dio agua con sabor a vino, sino lo que el maestra sala probó fue “el agua hecha vino”. Hermanos, podemos acudir al Señor en nuestras necesidades, y todo su limitado poder puede desplegarse a nuestro favor. Pero, hay una condición: “Haced todo lo que os dijere”. En otras palabras, “plegaos a su voluntad”. Las súplicas reñidas con la voluntad de Dios no pasan más allá del techo.

17. JOSÉ Y SUS PADRES

Al principio, cuando José soñó que “el sol y la luna y once estrellas” se inclinaban a él (Génesis 37:9), su padre lo reprendió. El Señor, en su juventud, también fue reprendido por su madre (Lucas 2:48). En ambos casos, la reprensión no fue justa e, igualmente, las dos situaciones hacen que, de parte del padre de José como de parte de María, haya una reconsideración privada en cuanto al asunto. De José se dice que, aunque su padre le reprendió, a causa de su sueño, y, que sus hermanos le tenían envidia”, “su padre meditaba en esto” (Génesis 37:11). Del Señor, después que es reprendido por María, está escrito: “su madre guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lucas 2:51). Se equivocan, pues, aquellos que infieren de este pasaje una supuesta “travesura” del Señor hacia sus padres. El fue el que, a plenitud, cumplió lo que estaba escrito en cuanto a la relación filial: “Honra a tu padre y a tu madre ... “

18. JOSÉ Y SU HERMOSURA

“Y era José de hermoso semblante y bella presencia” (Génesis 39:6). Del Señor está escrito: “Eres el más hermoso de los hijos de los hombres” (Salmo 45:2); hermosura esta que los hombres desfiguraron durante el proceso de crucifixión (Isaías 52:14). Para nosotros, hoy, Él tiene la hermosura con que la esposa ve a su amado en el Cantar: “Señalado entre diez mil” (5:10) y, llegará el día cuando mis “ojos verán al Rey en su hermosura” (Isaías 33:17).

19. JOSÉ Y LA ANGUSTIA DE SU ALMA

El relato primero, cuando sus hermanos toman a José, le meten en la cisterna y, luego lo venden a los ismaelitas, no nos da indicio de la actitud de José ante el hecho, pero, más adelante, cuando sus hermanos van a Egipto y se encuentran en una situación comprometedor, la conciencia les acusa y viene ala memoria su maldad. Ellos dicen: “Vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos” (Génesis 42:21). Esta expresión, “la angustia de su alma”, nos mueve a pensar en aquel Varón de angustias quién, cuando, en la antesala del Calvario, llega a Getsemaní “... tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Marcos 14:33-34). José vio recompensada su aflicción pasada por los resultados posteriores; del Señor se escribió: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11). ¡Cuán grande precio pagó el Salvador por nosotros! Su sangre preciosa y ¡la angustia de su alma!

20. JOSÉ Y SUS LAGRIMAS

En siete ocasiones, el relato del Génesis sobre la vida de José nos cuenta de su llanto, de sus lágrimas. Fueron lágrimas que Dios puso en su redoma (Salmo 56:8), porque su llanto respondía a afectos de clara sinceridad. Hablamos muy mal de las lágrimas de los cocodrilos, poniendo a los tales como sinónimo de hipocresía. En verdad, las lágrimas de estos saurios responden a la necesidad orgánica de excretar el exceso de salinidad en el cuerpo. Igualmente, a veces, somos injustos cuando tildamos de sentimentaloides a algún creyente, cuya conmoción interior le ha llevado a verter sus lágrimas. Creo que quien no sabe llorar, tampoco sabe amar. Las lágrimas de José, pues, revelan su carácter, la nobleza de su alma.

Y, aun en esto, José nos prefigura al Salvador, quien “en los días de su carne ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas”; quien en Betania no pudo contenerse, y vertió sus lágrimas de simpatía; quien, al contemplar desde sus afueras la ciudad incrédula de Jerusalén, lloró sobre ella (Hebreos 5:7; Juan 11:35; Lucas 19: 41). Sus lágrimas respondían a su noble sensibilidad, a sus profundos afectos. Los evangelistas, algunas veces, se asoman a sus afectos y nos es presentado como entristecido por la dureza de los corazones, asombrado por la incredulidad de ellos, estremecido en espíritu, profundamente conmovido, gimiendo, etc. ¡Ojalá tengamos la suficiente sensibilidad para llorar nuestras faltas y para conmovernos con sinceridad por los que van rumbo ala perdición!

21. JOSÉ Y LA PLENITUD DE SU PERSONA

Para Jacob, José era la persona que llenaba su cabal satisfacción. Por ello, cuando, después de larga ausencia, logra ver a su hijo, dice: “Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro” (Génesis 46:30). De la misma manera, Simeón, cuando vio al Señor dijo: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación” (Lucas 2:29). Para Simeón, el momento más culminante de su vida era ver el Ungido del Señor, después de lograrlo ya no importaba el vivir. Esto nos recuerda la gran verdad de que al ver al Señor, por primera vez como nuestro Salvador, empezamos realmente a vivir; pero a su vez ¡ya estamos listos para partir! Conocer su bendita persona llena a plenitud todos los requisitos para la ciudadanía celestial.

22. JOSÉ AUTOR DE VIDA

Es solemne la expresión que los egipcios dicen a José: “La vida nos has dado” (Génesis 47:25). Ellos reconocían que la magnífica labor administrativa de José les había permitido sobrevivir durante aquellos años de hambre terrible. La expresión en consideración nos permite salirnos de la vida de José para pensar en lo que está escrito del supremo Autor de la vida: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). Esta vida empezó el día cuando el Señor nos salvó, cuando al igual que a Lázaro nos sacó de la tumba espiritual y fueron sueltas las vendas de! pecado; es una vida para gozarla a plenitud, pues el Señor dijo: “Yo he venido para que tengan vida; y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10) y, tercero, es una vida que jamás puede ser arrebatada ya que, está escrito: “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3). Cual los egipcios agradecidos a José, nosotros podemos postrarnos ante el Señor, y con voz de canto y de adoración decirle: “La vida nos has dado”.

La vida de José

*Héctor Alves; Vancouver, Canadá;
de Truth & Tidings, 1976*

La historia de José, décimoprimer hijo de Jacob, es una de las más interesantes en la Biblia. Hay una sola referencia breve a él antes del relato que comienza cuando tenía diecisiete años

de edad, y concluye cuando murió a los ciento diez años. Los incidentes de su vida son tan variados como los colores de la túnica que el padre hizo para su hijo preferido.

Aquella vida puede ser resumida en tres palabras: pozo, prisión y palacio. Era amado de su padre, odiado de sus hermanos, vendido a los ismaelitas, traicionado en casa de Potifar, encarcelado, exaltado y bendecido.

La historia comienza con su padre enviándole a averiguar el bienestar de sus hermanos. A partir de ese punto vemos la mano de Dios en cada detalle de su vida; todo estaba en el patrón del Tejedor Divino, tanto los hilos de colores oscuros como los de plata y oro.

Nada desfavorable se dice de José, y él es tal vez el tipo más acertado del Señor Jesucristo en toda la Palabra de Dios. El significado de su nombre es, “Él añadirá;” José añadió a su nombre a lo largo de su vida. Está registrado que Jehová hizo prosperar todo lo que estaba en su mano, Génesis 39.3. Vemos con 500 años de anticipación un cumplimiento de la declaración de 1 Samuel 2.30: “Yo honraré a los que me honran.”

Amado y aborrecido

José era el penúltimo entre los hijos de Jacob. Su papá le amaba tiernamente y le hizo una túnica de diversos colores como gesto de ese amor. Ese testimonio tan declarado de preferencia le pondría al joven aparte de sus hermanos, cuya ropa sería ordinaria, si no inferior. Posiblemente su padre le amaba por ser el primogénito de la amada esposa Raquel, o posiblemente por ser hijo de la vejez, comparativamente.

Aunque Jacob sentía un afecto especial por éste, es evidente que los otros hijos tenían un lugar en su corazón. Le mandó a José en viaje largo a Siquem para saber cómo estaban ellos. El mozo estaba dispuesto a cumplir, aunque sin duda ya había sufrido a causa del antagonismo de los diez.

No es cosa rara que los padres, o uno de ellos, favorezcan a un hijo más que a otro, pero es algo que debe ser encubierto todo lo posible. La preferencia puede o no ser justificada, pero es inevitable que cualquier manifestación de ella engendre celos.

Jacob no parece haber sido prudente al hacer aquella túnica. Dio lugar a resentimiento, y llegó el día cuando sus hermanos “quitaron a José ... la túnica de colores que tenía sobre sí,” 37.23. Ellos “enviaron la túnica de colores y la trajeron a su padre, y dijeron: «Esto hemos hallado; reconoce ahora si es la túnica de tu hijo, o no.»“ Obsérvese: “de tu hijo,” y no “de nuestro hermano.”

No es frecuente que un complot sea tan exitoso, pero este fue el primer incidente en la realización de los propósitos de Dios en y por medio de José. Jacob aceptó la evidencia; vio la túnica y la sangre que la penetraba. Unos cuantos años antes, había engañado a su propio padre al usar pieles de cabritos para cubrir sus manos, y ahora su pecado le había descubierto.

Los sueños de José eran otro elemento en aquella enemistad. Leemos en Génesis 37.5: “Soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos; y ellos llegaron a aborrecerle más todavía.” Esto fue después de que su padre había hecho la túnica, y sirvió para agravar la situación. Luego otro sueño, con su interpretación, dio lugar a todavía más odio. Su padre reflexionó en lo que el joven dijo, pero también le reprendió por haber contado su experiencia.

Sin embargo, Dios había originado esos sueños y ellos tenían sentido profético. A José se le envió para conocer la situación de sus hermanos. Cuando lo vieron de lejos, sin duda fijándose en esa túnica, dijeron el uno al otro que “el soñador” venía. Prosigue el relato contando cómo se agregó otro color a esa túnica; esos hombres la tiñeron con la sangre de un cabrito. Llegó a ser símbolo de la vida de José: “La envidia es carcoma de los huesos. ¿Quién podrá sostenerse ante la envidia?” Proverbios, 14.30, 27.4.

Como es el caso a menudo cuando uno aborrece a otro, los hermanos de nuestro protagonista buscaron oportunidad para hacerle mal. Y la oportunidad se presentó. Tan intenso era su sentir que decidieron matarlo. Rubén se opuso, no obstante ser un hombre impetuoso como las aguas, Génesis 49.4. Valiéndose de su condición de mayor en edad, propuso no matar al joven, sino echarlo en la cisterna que estaba cerca. Él tenía dos motivos al hablar así. Quiso sacar a José luego, y también quiso salvar su propio pellejo: “¿Adónde iré yo?” 37.30.

Cuando pasaron unos comerciantes, descendientes de Ismael, rumbo a Egipto con su mercancía, Judá propuso vender a su hermano. Parece que Rubén no estaba presente. Vemos cuán mal intencionados e inestables eran esos hombres. Cuánto tiempo José estaba en la cisterna, no sabemos, pero siglos más tarde Esteban resumió el drama al decir en Hechos 7.9: “Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto; pero Dios estaba con él.” Se quedó sin túnica, pero no sin la presencia de Dios. Sus hermanos no sólo engañaron a su padre, sino que le entristecieron sobremanera también. Dijo que descendería enlutado a su hijo hasta el Seol; 37.35.

En casa de Potifar

Los hermanos vendieron a José por veinte piezas de plata. Si repartieron la suma en partes iguales, cada cual percibió tan sólo dos miserables monedas. Los madianitas le vendieron a José a un oficial egipcio de nombre Potifar, y sin duda realizaron una buena ganancia por disponer de un buen mozo de diecisiete años. ¿Que importaba la túnica? “Jehová estaba con José, y fue varón próspero,” 39.2. Aunque esclavo hebreo en casa de un acomodado egipcio, él contaba con un Compañero divino. Su perspectiva parecía muy favorable, ya que su amo le hizo sobreveedor de la casa y sus pertinencias.

Era muy bien parecido y causaba buena impresión, como lo expresa una traducción al castellano. La esposa de Potifar intentó seducirlo, pero José rehusó sus insinuaciones. Las Escrituras registran su noble respuesta: “¿Cómo ... haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?” Por segunda vez el varón pierde su ropa, y no dudamos de que haya sido de calidad. Perdió su vestimenta, pero no su carácter. Él llevó a cabo lo que Pablo iba a escribir siglos más tarde a los cristianos en Corinto: “Huid de la fornicación.”

Fue también la segunda vez que su ropa era falso testigo en su contra. Al oír la historia, Potifar la creyó, según parece. “Tomó su amo a José, y lo puso en la cárcel, donde estaban los presos del rey.” Y el versículo siguiente repite: “Jehová estaba con José,” 39.21.

De manera que salió de la casa del egipcio en la misma condición que cuando había entrado; Dios con él. Pronto fue acogido favorablemente por el carcelero. “Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él,” Proverbios 16.7. No obstante las circunstancias difíciles en la prisión, José logró ser promovido.

El jefe de los coperos y el jefe de los panaderos estaban entre los presidiarios. Un día él se fijó en que ellos estaban tristes, y preguntó a qué se debía. Cuando le contaron a José sus sueños, el soñador se hizo intérprete de sueños. El panadero fue ahorcado y el copero restituido a su cargo. José se aprovechó de la oportunidad, solicitándole al copero: “Acuérdate de mí cuando tengas ese bien.” No hizo mal al pedir que fuese librado de un encarcelamiento injusto. La naturaleza humana se ve en las palabras que siguen: “El jefe de los coperos no se acordó de José, sino que le olvidó.” Hacemos bien en recordar que la ingratitud es una característica de los días postreros; 2 Timoteo 3.2.

José tenía que aprender la verdad de Isaías 2.22: “Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz.” No dudamos que haya puesto su esperanza en la integridad del copero y esperaba día tras día la respuesta a su ruego. Pero José estaba destinado a pasar dos años más en esa

cárcel, y creemos que le fue una experiencia difícil de llevar. Sin que él lo supiera, Dios estaba aguardando su tiempo, y Él nunca se adelanta ni se atrasa en sus iniciativas.

Si José hubiese sido librado tan pronto que el copero fue perdonado, se habría frustrado lo que Dios había planificado. Él habría gozado de libertad, pero poco más. Posiblemente hubiera intentado volver a la casa paterna, pero desde luego esto es sólo un supuesto. Ciertamente la voluntad de Dios era sacarlo de su lamentable estado, pero en el momento oportuno según el plan divino.

Él iba a enviar hambre y Faraón sería el próximo soñador. La mente del copero empezó a reflexionar; se acordó de su falta. Se buscó al preso José; se explicó el sueño; todo se hizo conforme Dios tenía previsto, ya que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien,” Romanos 8.28. Nuestro Dios hace todas las cosas según el designio de su voluntad; Efesios 1.11.

La lección que tenemos que aprender es que Dios cuenta con un calendario y lo emplea. Los eventos tuvieron lugar “cuando se acercaba el tiempo de la promesa,” Hechos 7.17. La prueba de José terminó cuando Dios lo quiso. “Afligieron sus pies con grillos; en cárcel fue puesta su persona. Hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de Jehová le probó,” Salmo 105.18,19.

Habiendo sabido del sueño, José le da al rey un mensaje triple de parte de Dios. Dijo que el Omnipotente le había mostrado a Faraón lo que estaba por hacer y qué medidas deberían ser tomadas. Faraón reconoció que Dios le había revelado todo esto a José, y ahora encontramos que el más alto honor fue conferido a este varón de Dios.

Segundo en el reino

Habiendo reconocido que la sabiduría de José era de origen divino, Faraón le nombró gobernador sobre todo Egipto. Se había acabado la adversidad en su vida; a los 30 años de edad asumió el cargo de Primer Ministro. De muchacho pastor, él pasó por mucha tribulación y luego por ochenta años gobernó a la nación más avanzada de su época. Este cargo lo ganó con base en su valor personal, y a la vez “Jehová estaba con él.” En Génesis 41.42 se cuenta que Faraón quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José. Lo hizo vestir de ropas de lino fino, y puso un collar de oro en su cuello.

Una vez más José se mudó de ropa. Primero, una túnica de diversos colores; luego el uniforme de un sobreveedor en casa de Potifar; entonces los trapos de una cárcel egipcia; y ahora el lino fino que nunca le sería quitado. Dios le honró, porque él honraba a Dios. Faraón le dio un nombre nuevo: Zafnat-panea, o divulgador de secretos. Le dio también una esposa, Asenat, hija del (¿la?) sacerdote de On. La experiencia ganada en casa de Potifar y en la cárcel le capacitó para su nueva responsabilidad.

A menudo el orgullo se manifiesta cuando de repente un hombre es exaltado a una posición de dignidad. No así en el caso de José, ni más adelante se aprovechó él de su autoridad para castigar a sus hermanos por lo que habían hecho. Ellos le aborrecían y por lo tanto daban por entendido que él les aborrecería a ellos. Pero eso no era el carácter del varón que había resistido la prueba de la cruel adversidad y luego una merecida comodidad. El pozo y la prisión le prepararon para el palacio. En el primero se dio cuenta de la actitud de sus hermanos y en el otro de la actitud de Dios. Ahora en el palacio él aprendió la soberanía de Dios. En la casa, la cárcel y la corte, José era paciente y honesto.

Dios le tenía una gran obra por delante. Él sería el salvador. Además, en el propósito de Dios él sería reunido con su padre y hermanos. La verdad es más extraña que la ficción, y esto se ve en las circunstancias singulares que condujeron a la reconciliación de la familia. Los

sueños de José se cumplieron. Aunque en una etapa de su vida sus hermanos no le harían caso, ahora los encontramos postrados a sus pies y llorando. La calidad de hombre que era José se percibe en sus palabras: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para ... mantener en vida a mucho pueblo,” Génesis 50.20.

Gloria y bendición

José vivió por más de sesenta años después del hambre, pero poco está registrado acerca de él en aquellos años. Recibió la doble porción de su herencia y sus hijos —Efraín y Manasés— fueron contados entre las doce tribus de Israel.

“Habitó José en Egipto, él y la casa de su padre,” 50.22. No diríamos que lo hizo por gusto propio. No era su elevado cargo que le guardó allí, ni los honores que le serían conferidos de por vida. Él estaba del todo al tanto de la promesa que Dios hizo a su padre en Beerseba: “Haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y la mano de José cerrará tus ojos,” 46.3,4.

Los propósitos de Dios tendrían aun otro cumplimiento después de la muerte de José en Egipto. “Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos,” Hebreos 11.22. Jacob había engendrado a doce hijos, algunos de ellos de prominencia, pero solamente éste se menciona en este capítulo del Nuevo Testamento que trata de hechos de fe.

Él tenía una firme convicción de que Dios cumpliría su promesa. Los trece años de aflicción no habían mermado su confianza en Dios, sino que la habían engrandecido. Lamentablemente, la prosperidad suele alejar a uno de Dios, pero no fue así con José. Aunque más de doscientos años habían transcurrido desde que Dios dio su promesa a Abraham, José estaba seguro de que Él iba a llevar a cabo su dicho.

Hubo varios incidentes, evidencias de fe, que el escritor a los hebreos ha podido mencionar, pero el Espíritu Santo escoge solamente dos: la mención que el patriarca hizo de la salida de Egipto, y el mandamiento tocante a sus huesos. José era un verdadero hebreo —“uno que ha pasado al otro lado”— hasta el día de su muerte.

Él tomó un juramento de los hijos de Israel, afirmando: “Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos,” 50.25. Sin duda ha podido esperar un monumento sobre su sepulcro en Egipto al haber sido enterrado en ese país, pero su fe en Dios era más poderosa que cualquier ambición terrenal. Resuena para nuestra instrucción su pronunciamiento: “Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró.”

Él no quería saber nada de dejar sus restos en Egipto, de manera que Moisés los llevó consigo en aquella noche memorable cuando los israelitas se marcharon hacia el Mar Rojo. A lo largo de todos aquellos años de la marcha de Egipto a Canaán, los israelitas cargaron los huesos de José, y esto trae a la mente una verdad superior para nosotros: “... llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos,” 2 Corintios 4.10.

Esa gente llevaba aquellos huesos a Mara, Refidim y muchas otras partes, pero no leemos que en su quejumbre ellos se recordaron una sola vez de José. Aquellos huesos han debido ser para ellos lo que la cena del Señor es para nosotros: un recordatorio grato.

Por fin llegaron a la tierra prometida, y “enterraron en Siquem los huesos de José ... en la parte del campo que Jacob,” Josué 24.32. Probablemente esta parcela no quedaba lejos de la cisterna donde sus hermanos habían encerrado a José muchos años antes. De manera que el libro de Génesis termina con un ataúd en Egipto, y el libro de Josué (el Efesios del Antiguo Testamento) termina con huesos enterrados en Canaán.

En la vida de José aprendemos que a la honra precede la humildad, Proverbios 15.33, y que mejor es el fin del negocio que el principio; mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu, Eclesiastés 7.8.

José como figura del creyente espiritual

S. J. Saword, Puerto Cabello, Venezuela; *La Sana Doctrina*

(1) En 37.5 al 10 leemos de sus dos sueños, indicando que estaba en comunicación directa con los propósitos divinos. En el tiempo presente Dios no está revelando su voluntad a nosotros por medio de sueños, sino por su Palabra; véase Hebreos 1.1,2, “nos ha hablado por el Hijo.” Una indicación clara de la espiritualidad de un joven es su conocimiento de las cosas de Dios, el cual va adquiriendo mediante la lectura y el estudio de la Palabra del Señor.

(2) José no era partidario de los hechos incorrectos que practicaban sus hermanos. Él los denunció a su padre, 37.2, mostrando coraje moral. El que es espiritual no puede ser cómplice ni consentir en las cosas malas.

(3) Se ve la obediencia de José cuando su padre le envió en una misión de amor a sus hermanos. Sin duda sabía que no podía esperar cosa buena de aquellos perversos, pero no vaciló en cumplir con el mandato. El cristiano espiritual es uno que siempre está presto para cualquier buena obra en comunión con su Padre Dios, siendo motivado por amor a sus hermanos.

(4) José, el hombre espiritual, tuvo que andar por una senda no muy agradable, maltratado y vendido por sus hermanos y llevado lejos de su hogar para servir como esclavo. Así nuestro Señor tuvo que sufrir el odio de su propio pueblo judío, y fue vendido por un discípulo falso. La misma Palabra nos asegura que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución,” 2 Timoteo 3.12.

(5) En Génesis 39 vemos cómo este hombre espiritual pudo contar con el apoyo de su Dios. Pronto ganó la plena confianza de su amo por un comportamiento intachable. El buen testimonio en el empleo y delante del mundo es evidencia de la verdadera espiritualidad.

(6) José pudo vencer la tentación: “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?” Aquí hay una conciencia ejercitada, una convicción profunda y el temor de Dios. José huyó de la tentadora, perdiendo su ropa pero salvando su testimonio. Nuestro Señor exhortó a los suyos, aquella noche en el Getsemaní, “Velad y orad, para que no entréis en tentación,” Mateo 26.41.

(7) José fue un testigo fiel en la cárcel, con un mensaje de esperanza para el copero y uno de condenación para el panadero. Dios puede usar, aun en los lugares más difíciles, a los que son espirituales, como hizo con Pablo y Silas en el calabozo.

(8) Cuando Faraón vio la capacidad de José para interpretar sus sueños, reconoció que no hubo otro igual para encargarse de tan importante obra como la de prevenir contra los años de hambre por delante. Los egipcios tenían fama de sabios pero José contaba con un conocimiento que Dios mismo le había dado. “En Cristo Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento,” Colosenses 2.3. El hombre espiritual está iluminado con “el conocimiento de Dios,” Colosenses 1.10, el cual no se consigue en los centros de instrucción sino en comunión con él por su Palabra.

(9) Más adelante, cuando empezó el hambre, Faraón dijo a las gentes: “Id a José.” Este llegó a ser el repartidor del pan de vida a los hambrientos. Cuando se presenta una crisis, es el que fue despreciado que se escoge como instrumento de Dios para la bendición de los menesterosos.

(10) En los capítulos que siguen José demuestra su capacidad para lograr la restauración de sus hermanos, los cuales habían ocultado su pecado por veinte años. Gálatas 6.1 nos instruye: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo.” No basta ser llamado anciano de una asamblea para lograr la restauración de un descarriado. Se necesita algo más: ser creyente espiritual.

José como figura de Cristo

William Warke, un mensaje en Filadelfia, Estados Unidos, 1930

(1) José era objeto de intensa envidia de parte de aquellos a quienes buscaba. Los hombres odiaban a Jesús, pero por medio de la muerte suya en la cruz del Calvario puede ofrecer la salvación.

(2) Jacob amaba más a José que a sus hermanos, y tan pronto que éstos vieron que era amado de su padre, le odiaban aun más. Fue así también cuando el Padre envió al Hijo que amaba, pero con todo le dio a morir por ti y por mí, aunque la humanidad se opuso todavía más y procuró matar a aquel que vino para salvar.

(3) Por cuanto ponía al descubierto el pecado de sus hermanos, le odiaban más intensamente. Los hombres a su vez se alzaron en contra de Cristo porque descubría los pecados de ellos. “Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas,” Juan 3.19.

(4) Con todo, José salió en busca de aquellos hermanos suyos. El Señor Jesús salió de la presencia de Dios para nacer en pobreza e ir al Calvario por los que no le querían. El Padre vio al Hijo humillarse para poder salvarnos. Jesús “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres: y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz,” Filipenses 2.7,8.

(5) Al ver que se acercaba, sus hermanos exclamaron: “Viene el soñador. Matémosle.” Así con Cristo. Magos viajaron del Oriente a Jerusalén para indagar dónde iba nacer, porque querían adorarlo. Al saber Herodes que Cristo nacería rey de su pueblo, mandó a matar a los niños, con el fin de no dejar vivir a Jesús. Durante su tiempo entre aquéllos a quienes Él vino a salvar, siempre hubo ese malvado deseo que se manifestó aun en el momento de su nacimiento. “Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos: y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos,” Romanos 3.15 al 18.

Cierto hombre plantó una viña y la dio en arrendamiento.; Mateo 21.33. Viajó a país lejano y al regresar envió un empleado a cobrar su porcentaje de la cosecha. Los arrendatarios golpearon al cobrador y lo despacharon sin nada. Otros recibieron el mismo trato. Entonces el dueño decidió enviar a su hijo, pensando que a él lo respetarían. Al verle, dijeron, “Este es el heredero. Matémosle.” Es, desde luego, una ilustración del corazón nuestro ante el Padre y el Hijo.

- (6) Como José proporcionaría salvación para sus hermanos en la hora de su gran necesidad, así el Señor Jesús lo haría para nosotros, pero para la eternidad.
- (7) Como José fue vendido por sus hermanos por veinte piezas de plata, así Jesús por treinta.
- (8) Al ser vendido, José fue conducido lejos a Egipto y echado en la cárcel; Jesús a su vez fue “contado con los pecadores,” Isaías 53.12, y clavado en cruz entre dos malhechores.
- (9) José es un cuadro de Cristo en su encarcelamiento con el copero y el panadero. Uno de ellos se salvó y el otro se perdió. Cada cual soñó. El copero le contó su sueño a José y éste le dijo que sería restaurado a su cargo en el palacio. El panadero se contentó y procedió a contar el sueño suyo, sólo para oír que sería decapitado.
- El monarca mandó a buscar a José y le contó del sueño suyo. Nadie había podido explicarlo. Él habló de series de siete vacas y siete espigas, las cuales resultaron ser símbolos de siete años de abundancia y otros tantos de hambre. Habiendo explicado esto, José fue designado para recoger la abundancia y almacenarla para el tiempo de escasez.
- (10) José fue sacado de la cárcel y nombrado segundo en el reino. En cuanto a nuestro Señor Jesucristo, “Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre,” Filipenses 2.9 al 11.
- (11) En la historia del copero el vino es figura de la preciosa sangre de Cristo; quien confíe en la sangre suya será acepto con Dios, así como el copero ante el rey. La pastelería es como las así llamadas buenas obras en las cuales muchos confían, pero van a perecer juntamente con ellos. Uno de los dos malhechores en el Calvario reconoció, “Justamente padecemos,” pero el otro se burló. O sea, el primero llegó a ver que recibía lo que merecía, pero que Jesús moría por él, “el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios;” 1 Pedro 3.18. Así como el copero fue restaurado el tercer día y en ese mismo día el panadero murió, fue el tercer día que Cristo resucitó para la justificación de todo aquel que cree.
- (12) Los hermanos de José se contentaron al venderle, pero llegó el momento de apuro. Faltaban alimentos. Su padre les aconsejó ir a buscar granos en Egipto, pero no sabían que iban a acudir a su propio hermano. José sabía quiénes eran, pero les acusó de ser espías. Encarcelados, tuvieron tiempo para reflexionar. “Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano,” dijo el uno al otro; “se nos demanda su sangre.” El pecado que habían ocultado, Dios lo trae delante de ellos años después. Y tú, mientras no seas salvo pero procures decir que todo está bien, nunca tendrás paz con Dios hasta que llegues a clamar, “Verdaderamente he pecado.”
- Pero se salvan todos aquellos que aceptan por fe la obra consumada en el Calvario por el “gran, mayor José” que es Jesucristo. Quien acude a él, quien confíe que Él puede satisfacer su enorme necesidad, es salvo. Faraón había mandado a buscar con José el alimento que tanta falta les hacía, y ninguno fue defraudado. Y para ti, para mí, “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos,” Hechos 4.12. Este evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.
- (13) Los hermanos de José no querían oírle antes, pero ahora se echan a su pies en súplica. Los hombres no querían escuchar al Hijo de Dios, pero tendrán que doblarse ante Él en la eternidad. “Entonces comenzarán a decir: «Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.» Pero os dirá: «Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.»“
- (14) José despachó a todos para estar solo con sus hermanos. Se dio a conocer: “Soy José.” Así fue el mensaje que recibió Saulo de Tarso en el camino cuando vio una gran luz y

preguntó: “¿Quién eres, Señor?” Vino la respuesta: “Soy Jesús.” El alma que se salva recibe una revelación de Cristo, como José se reveló a los que amaba.

José como figura del siervo de Dios

William Williams, Venezuela. Believers Magazine, 1936

(1) José se presenta por vez primera en Génesis 30.24, y como objeto de oración. “Se acordó Dios de Raquel, y la oyó Dios, y le concedió hijos.” ¡Qué bendición una madre que teme a Dios! Esta mujer oraba por su familia antes de tenerla, llamando a su primer hijo, “Añadiré Dios.” La oración contestada aumenta nuestra fe, y Él sí añadió, pero a precio elevado. Nació Benjamín y ella falleció.

La verdadera devoción supone sacrificio. La carne tiene que morir si la gracia va a reinar. El grano de trigo tiene que morir, o se queda solo. Raquel se fue, pero José y Benjamín se quedaron, todo según los propósitos divinos. Él añadió esta vez “Un hijo de mi diestra.” Siglos después, un siervo modelo iba a escribir en Filipenses 3.5 que era “de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos.” Por medio de éste, Dios añadió muchos gentiles, y sigue haciéndolo.

(2) También es bueno recordar en relación con la obra del Señor que Dios puede añadir todavía más. “Aconteció después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: «Mi siervo Moisés ha muerto.»“ Es uno de los mejores tributos a Moisés: “Mi siervo Moisés ha muerto.” Pero Dios no, y Él levantó a un Josué. Dios se interesa por, y anticipa, la necesidad de cada generación. Una buena manera para desanimar a un recién entrado en la obra es la de darle a entender que es un tapahuecos al lado de los padres espirituales y los ancianos en la asamblea.

(3) “Amaba [Jacob] Israel a José,” Génesis 37.3. Es un buen fundamento: saber que uno es amado del Padre, y el amor suyo impulsará nuestro servicio ante Dios y los hombres. “Le hizo una túnica de diversos colores [piezas].” Fue un don, y cada siervo del Señor debe servir según la medida de su don. Nuestra Cabeza ensalzada otorga diversos dones a los que le sirven. Dios no está limitado a un solo molde; hay variedad en su proceder. A veces actúa de una manera, y otras veces de otra, y debemos tener cuidado de no pensar que todos tienen que correr sobre los rieles que nosotros hayamos colocado. Dios no aprueba las imitaciones; que cada cual procure con diligencia presentarse a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse; 2 Timoteo 2.15.

(4) “Sus hermanos le tenían envidia.” José no complacía a todos, y mientras más el siervo de Dios aprenda que su objetivo es agradar a Dios, y no a los hombres, mejor será para él o ella. De esta manera, complacerá a todos aquellos que merecen ser complacidos. Dios estaba detrás de los sueños y dichos de José, así que tengamos cuidado de que la ofensa no sea a causa de nuestras propias expresiones y hechos carnales. Parece que algunos confunden la gracia con la fidelidad.

Tres veces en el capítulo 37 leemos del aborrecimiento hacia José. Si no fuera por Rubén, el asunto hubiera terminado en homicidio. Chupa de uno la salud espiritual el antagonismo hacia los que de una u otra manera sirven al Señor, y es más común de lo que queremos reconocer.

(5) En el capítulo 39 José está en otro salón de la escuela de Dios. Está en Egipto, en la casa de Potifar, para vivir tal vez la etapa más difícil de su vida, pero el capítulo se destaca por contar cuatro veces que “Jehová estaba con José.” Sí, “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo: y si por los ríos, no te anegarán,” Isaías 43.2. Mientras más intensa la prueba,

mientras más oscura la nube, mayor el poder y presencia de nuestro Padre. “Como tus días serán tus fuerzas,” Deuteronomio 33.25.

(6) “Era José de hermoso semblante y bella presencia,” 39.6, pero un físico atractivo no necesariamente será un beneficio para quien sirva a su Señor. Los sueños habían expuesto este hombre a la enemistad de sus hermanos, y ahora su buena presencia le expone a la lascivia de una mujer impía.

“Hablando ella a José cada día ...” Si hubiera estado libre, debía haber huido la primera vez como de una mapanare, y sin duda ella se volvió más y más atrevida. La respuesta noble de José, “no escuchándola,” muestra que temía a Dios, pero con todo sentimos que actuó imprudentemente al permitirse estar a solas con la seductora. “Consérvate puro,” 1 Timoteo 5.22, es una advertencia que suena y resuena: puro en pensamiento, en motivo, en conducta.

Donde hay tentación, huya. Donde hay tentación, más razón para estar acompañado. El Señor envió a los discípulos de dos en dos, y es una buena práctica en la obra del Señor.

(7) “El dejó su ropa en las manos de ella,” tuvo que perder su ropa para salvaguardar su carácter. La prueba circunstancial estaba en su contra, y también una mujer descaradamente mentirosa. José tuvo que pasar a otro salón en la escuela divina. Que el incidente sea una advertencia a no actuar con base en meros indicios. Acordémonos de Deuteronomio 13.14: “Tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia ...”

(8) “Mirad, nos ha traído un hebreo para que hiciese burla de nosotros.” Ella se vale del antisemitismo para vengarse del joven, pero Jehová estaba con éste en el pozo, en la casa y ahora en la cárcel también. José ha podido estar en la casa del oficial con una mala conciencia, pero optó por estar en la cárcel con una buena conciencia. No fue el último que ha tenido que elegir.

(9) “Aconteció que pasados dos años ...,” 41.1. Se había probado su amor, su integridad, y ahora su paciencia. Algunos siervos del Señor son amables, pero su paciencia no aguanta un desayuno desagradable o una noche sin mucho sueño. La tribulación produce paciencia, y tenemos que dejar que haga su obra completa; Romanos 5.3, Santiago 1.4.

Es de esperar que el evangelista, pastor o maestro sea olvidado por el mundo, y es de temer que sea olvidado por sus hermanos también, pero lo más difícil de llevar es que sea olvidado por aquellos a quienes ha hecho bien. Se le ha criticado a José a veces con decir que confió en el coperio en vez de Dios, y se ha criticado a los siervos del Señor por un sinfín de faltas, tanto supuestas como auténticas. Generalmente viene de aquellos que nunca han padecido persecución por causa de la justicia. Odiado, vendido, tentado, calumniado, encarcelado y olvidado, José pasa de primaria a secundaria. Al cabo de trece años de persecución, está donde Dios le puede usar.

(10) “Era José de edad de treinta años cuando fue presentado delante de Faraón,” 41.46. Había hecho falta experiencia para estar en pie ante el rey en esas circunstancias. Ahora bien, el que escribe no va a fijar una edad obligatoria para otro que va a salir en fe a la obra del Señor en su propio país o en otro, pero el tenor de las Escrituras nos indica cautela en animar a uno hacer esto antes de, vamos a decir, los veinticinco años de edad. El hermano dispuesto a dedicarse tranquilamente a las cosas del Señor hasta tal vez los veintiocho o treinta años, atraerá la atención de algún experimentado siervo de Cristo que sabrá consultar a la asamblea del joven (posiblemente sin que éste lo sepa) y luego le invitará a acompañarle en alguna actividad evangelística. A menudo aquella asamblea, conociendo mejor los antecedentes, tendrá el gusto de confirmar el ejercicio y encomendará el hermano a la obra a tiempo completo.

(11) “José, cuando vio a sus hermanos, los conoció; mas hizo como que no los conocía, y les habló ásperamente,” 42.7. El hombre tenía firmeza, discernimiento y carácter. Son tres cualidades necesarias, porque habrá pruebas y dificultades en la obra del Señor. Se nota una

diferencia en ese sentido en la vida de Pablo en contraste con la de Pedro. “El entendido en la palabra hallará el bien,” Proverbios 16.20. Mi reputación es lo que los hombres piensan de mí, pero mi carácter es lo que Dios ve en mí.

(12) “Besó a todos sus hermanos, y lloró,” 45.15. Este es José en lo mejor de su ser. El hermano de responsabilidad entre el pueblo del Señor está mostrando el carácter de Cristo cuando puede perdonar con franqueza los abusos que ha recibido.

(13) Ocho veces leemos que José lloró. Esto es hermoso. La firmeza y la ternura eran trama y urdimbre de su hermoso carácter, pero lamentablemente es algo que no se encuentra con frecuencia. Por regla general, hay una falta de ternura en aquellos que son firmes por la verdad, como también una falta de firmeza en aquellos que son tiernos. La firmeza para defender la verdad viene con la lectura y aplicación de la Palabra de Dios; la ternura viene con la oración y confesión delante de él

(14) “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen,” Salmo 25.14. José sabía que Dios iba a visitar a su pueblo. “Por le fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos,” 50.26, Hebreos 11.22.